PARTE II.
Implicaciones didácticas

7.
Del ego a la conciencia: el vector formativo radical

Si la estupidez constituye un contexto educativo invisible y si su desconsideración puede interpretarse como un error radical de la educación, surge una pregunta inevitable: ¿qué pueden hacer la Pedagogía y la Didáctica General ante esta realidad? El objetivo de eliminar la estupidez es tan improbable como la erradicación definitiva de la ignorancia, el error o la inmadurez. Tampoco parece razonable esperar, al menos por ahora, que el aprendizaje ni las tecnologías, incluida la inteligencia artificial, contribuyan por sí mismos a reducir significativamente su influencia. Nuestra tesis es que este reto exige una respuesta pedagógica más profunda, susceptible de esbozarse desde la formación, toda vez que la clave de la educación no reside en las nuevas tecnologías, sino en la conciencia desde la que se comprenden y utilizan (Herrán & Fortunato, 2017).

La respuesta educativa más coherente frente a la estupidez consiste en reconocerla y favorecer procesos de evolución del ego a la conciencia, incluyendo una acción cada vez más lúcida, tanto existencial y social como esencial. Desde esta perspectiva, la superación de la estupidez no dependería principalmente de la adquisición de conocimientos, competencias, aprendizajes o recursos, sino de procesos más profundos de formación, autoconocimiento, conciencia y transformación personal.

Esta comprensión posee antecedentes relevantes en diversas tradiciones pedagógicas y formativas. Aunque expresada mediante lenguajes diferentes, aparece ya en autores como Confucio (1969), Sócrates (Platón, 1871), Zhuang Zi (1996), Comenio (1984), Pestalozzi (1913), Neill (1995) o Krishnamurti (2008), quienes entendieron la educación menos como instrucción que como un proceso de desarrollo humano, evolución de la conciencia y transformación interior. Desde esta lectura, la formación no se orientaría únicamente al saber, al saber hacer o al saber convivir, sino también a la progresiva superación de aquellas formas de condicionamiento, inmadurez, egocentrismo, ignorancia ignorada y estrechez de conciencia que pueden sustentar o favorecer la estupidez.

Desde el ERI la formación puede entenderse como un proceso evolutivo orientado al desarrollo de estados de conciencia más amplios, complejos, autocríticos y menos condicionados. Esta precisión resulta fundamental en el presente ensayo. Pero sería también insuficiente o erróneo considerar que la orientación pedagógica idónea para una eventual educación de la estupidez consiste en desarrollar la conciencia (Herrán, 2023b). De hecho, ya observamos que podía haber mayores niveles de conciencia aparente sin una disminución equivalente del ego (Herrán, 1995, 1997, 1998b, 2006b). El ego puede apropiarse de todo, incluso de la conciencia misma y expresarse de variadas formas de conciencia. En tales casos, la conciencia puede convertirse en un sofisticado apéndice del ego, más que en una fuente o vía de transformación formativa.

La estupidez aparece estrechamente vinculada a formas de egocentrismo, generalmente burdas, que limitan la comprensión de uno mismo y de la realidad. El problema consiste en no advertir suficientemente las propias limitaciones ni los condicionamientos que configuran el pensamiento, sea propio o prestado. Por ello, una educación centrada exclusivamente en el aprendizaje o en la adquisición de conocimientos resulta adecuada como introducción, pero inválida en su continuación. Los individuos informados,

competentes o especializados que no hayan evolucionado interiormente pueden ser tan estúpidos o más que los desinformados. Por tanto, elevados niveles de instrucción pueden coexistir con formas importantes de rigidez, necedad, fanatismo, dependencia intelectual o comportamiento estúpido. La estupidez no se disipa con el conocimiento, y se inflama con instrucción o enseñanza articulada en "conocimientos sesgados" (Herrán, 1997).

Una educación orientada a procesos evolutivos de mayor calado pedagógico requeriría atender, primero desde los educadores, dimensiones radicales frecuentemente relegadas por los sistemas educativos. Entre ellas destacan procesos formativos orientados al descentramiento, la revisión de condicionamientos y la ampliación de la conciencia. Lejos de constituir añadidos curriculares, remiten a dimensiones nucleares de la formación humana sobre las que descansa la posibilidad misma de una educación más profunda.

El reconocimiento y trabajo didáctico en la propia ignorancia ocupa un lugar especialmente relevante. La conciencia de ignorancia puede entenderse como una condición favorable para el aprendizaje, la depuración, la humildad intelectual y la apertura a nuevas comprensiones. Por el contrario, la ignorancia ignorada favorece automáticamente formas de dogmatismo, autosuficiencia y estupidez.

Junto a ello, la educación para la formación del ego a la conciencia exige desarrollar capacidades de descentramiento. Como señaló Gómez Ramos (2014), recuperando las aportaciones de Erdmann (2007), la estupidez se relaciona con la incapacidad para trascender el propio punto de vista. El individuo queda encerrado en una perspectiva parcial que toma implícitamente como totalidad (*pars pro toto*). Desde esta óptica, educar implica favorecer la capacidad de comprender que toda visión es limitada y que la realidad es más amplia que lo que se observa, pues es compleja y multidimensional, en sentido estricto (Greene, 1999).

Esta orientación tiene importantes consecuencias para todos los agentes educativos. Si la estupidez actúa como ámbito formativo radical e indeseable y contexto educativo invisible, la toma de conciencia no puede centrarse en el alumnado. Sobre todo alcanza a los responsables políticos y administrativos de la educación, llamados a reconocer los límites de sus decisiones, los efectos imprevistos de sus reformas y las posibles cegueras derivadas de sus marcos ideológicos o de gestión; a los equipos directivos, para evitar identificaciones entre liderazgo, poder y control; al profesorado, para reconocer la influencia del ego docente e institucional, las inercias profesionales y determinadas adhesiones a metodologías, recursos, enfoques o creencias pedagógicas o adoctrinantes; a las familias, para diferenciar entre las necesidades de sus hijos y sus propias proyecciones y expectativas; y al alumnado, para reconocer sus condicionamientos, ampliar su autonomía intelectual y desarrollar relaciones más maduras con el conocimiento.

Desde esta perspectiva, la formación (radical e inclusiva) deja de identificarse exclusiva y definitivamente con procesos de adquisición de conocimientos. Educar no consiste únicamente en aprender, incorporar, acumular o desarrollar significados y competencias. Incluye también, de manera natural, procesos de crítica, autocrítica, rectificación, desprendimiento, saneamiento y evolución en complejidad-conciencia. Algunas transformaciones formativas requieren añadir conocimientos; otras exigen reconocer errores; otras demandan desprenderse de obstáculos externos e internos que limitan el desarrollo personal y colectivo. La formación humana puede entenderse, así, como una dinámica simultánea de adquisición y saneamiento.

Esta interpretación converge con la idea de que, si bien las innovaciones educativas convencionales suelen entenderse como mejoras basadas en la incorporación de nuevos recursos, metodologías o tecnologías, las más profundas incluyen también procesos de desempeoramiento y evolución. Esto es, procesos de revisión crítica e insesgada de los presupuestos desde los que se comprende la educación, de reconocimiento de errores externos y radicales y de ampliación de la conciencia pedagógica aplicada. Desde este ángulo, la atención pedagógica a la estupidez constituye una oportunidad para ampliar la comprensión de la formación humana y de su didáctica.

La principal aportación de esta perspectiva consiste en desplazar el foco desde la lucha contra la estupidez hacia la promoción de procesos formativos más conscientes. El objetivo congruente no sería contribuir a la educación de personas inmunes a la estupidez, condición incompatible con la propia naturaleza humana, definitoriamente egocéntrica, sino favorecer capacidades y posibilidades que permitan reconocer mejor las propias limitaciones, trascender progresivamente formas de egocentrismo e inmadurez en sí y en el otro y ampliar la comprensión de uno mismo, de los demás y, por ende, de una realidad pedagógica, educativa, social y personal ampliada.

En última instancia, la respuesta pedagógica más profunda ante la estupidez no parece consistir en enseñar más, sino mejor. En este contexto, enseñar mejor conlleva formarse el educador en más conciencia. Formarse en conciencia consiste en saber más, pero para ver más, comprender mejor y vivir con menor condicionamiento. Después, formar mejor significa orientar y favorecer desde la enseñanza procesos evolutivos mediante los cuales el protagonismo del ego disminuya progresivamente y la conciencia ocupe un lugar cada vez más nuclear en la vida personal, social y educativa.

Esta orientación didáctica requiere traducirse en implicaciones concretas para la formación inicial y permanente del profesorado, para el currículo y para la comunicación didáctica. Precisamente a estas cuestiones se dedican los apartados siguientes.